

Bretaña, que no supo del sabor amargo de la derrota hasta que vino a España a morir sin ser vengado. Se contaba que en Burgos hubo un héroe que supo ser leal a su Rey y conquistarle reinos, cuando caído en desgracia, luchaba—desterrado—como Cid contra el infiel. Se evocaba con nostalgia los rios profundos entre las altas montañas, los soles duros, las llanuras intactas, la luz incierta entre las brumas, los verdes húmedos. Se hablaba de la hospitalidad, de nuestros monasterios, del arte nacido al calor de la corriente peregrina.

En todos los rincones del mundo se ha hablado de España como depositaria del Cuerpo del Protomartir del colegio Apostólico, como brazo armado de la Cristiandad. A lo largo de los siglos se ha hablado de la eterna peregrinación que nace en la ruta de Santiago el Mayor con un ardor de misión en sus miembros que le mucre el alma.

Mas no solo es historia el archivo de nuestra fé; España mas que nadie tiene hoy el ritmo supremo de la Teología y por todas sus piedras corre un aire de gracia y savia cristiana constantemente renovada. Ante la pureza de nuestras creencias no caben palabras tan solo resuena la voz interior allí donde hay más silencio para escuchar a Dios.

Yo nos perdamos por tanto en la nostalgia ni en la retórica patriótica. El pasado glorioso nos concede fundamento e incitación, mas no pasa de ahí. Hemos de partir de la España de hoy, quebrantada, debil aun y tantas veces adormecida por el menguado y falaz bienestar de unos cuantos, quizá de nosotros mismos. Ha de insertarse nuestra acción en este mundo de hoy, historificado hasta los tuétanos, partido por una guerra terminantemente dilemática, sobrecogido de dolor y estremecido por un extraño anhelo de no sé que. En esta España y dentro de este mundo se levanta nuestra voz, nuestra afirmación de una idea del hombre a un tiempo antigua e inédita.

Lentamente se ha formado un clima católico con la voz de nuestra Patria y hoy somos ejemplo de creyentes en Europa. De esta Europa que en el estruendo actual tiene que encontrar su camino de Damasco y ponerse de rodillas, solo ante Dios, a la manera española, para encontrar la gracia propicia que la libre del frio y del demonio meridiano, de la noche oscura y del olvido, para encontrar la luz en el camino de la vida.



DAIMIEL